

blica la fé, era una idea tan viva y tan grande, que necesariamente habia de provocar todas las iras que provocan siempre las nuevas ideas en la tierra. San Pablo, como dice con razon un grave y erudito autor, no tiene en este combate aquella serenidad, aquella mansedumbre que muestra Jesucristo; su sangre hirviendo le lleva muchas veces hásta la amenaza y la violencia; pero no pidamos nunca al hombre lo que solo es propio de Dios.

San Pablo para contener esta oposicion siempre creciente escribe su famosísima epístola á los hebreos, resúmen de todo su pensamiento y de toda su vida. En ella presenta el paralelo entre la religion antigua y la nueva religion, entre Moisés y Jesucristo, entre la Biblia y el Evangelio. La religion bíblica fué predicada por profetas como Moisés, como Abraham, como Jeremías, como Isafas; la religion cristiana por el mismo Dios en la persona de su único hijo. La religion bíblica es la inspiracion de Dios; pero la religion cristiana es la luz misma de Dios. La religion bíblica es servida y propagada por elegidos del Señor para servir y propagar la religion cristiana; Dios no encontró á ningun profeta más digno que él mismo, su propia persona, su eterna palabra. Entre Dios y el pueblo está en el judaismo la casta sacerdotal; entre Dios y el hombre está en el Cristianismo Jesucristo, Dios y hombre á un mismo

tiempo. El sacerdote se eleva como un príncipe y Jesús se humilla como un esclavo. La expiacion en la antigua religion es la sangre de una víctima, y la expiacion en la nueva religion es la misma sangre de Dios. El sacerdote antiguo tiene que ofrecer un holocausto en desagravio de sus mismas culpas, Jesús es un sacerdote immaculado. La víctima antigua se desvanece como el humo del sacrificio, la víctima cristiana está siempre en el ara de los cielos para desagraviar al Eterno. El rito hebreo consiste en cumplir las prácticas legales, y el rito cristiano consiste especialmente en la pureza del corazon y en la eficacia de la gracia. El reino de Dios del Antiguo Testamento era un reino limitado, la posesion pacífica de la tierra prometida; pero el reino del Nuevo Testamento se levanta sobre las alas de los ángeles, más allá del azulado éther de los cielos, donde están escritos en letras de estrellas los nombres de los justos.

De estas luchas continuas salia más clara la nueva religion y los grandes progresos que encerraba para el mundo. Aquella revelacion sembrada por un hombre oscuro, pobre, muerto en el más oprobioso de los patíbulos, se levanta sobre toda la revelacion antigua, sobre la frente de los doctores y profetas, explicando las ideas ocultas en sus símbolos. Pero, fuerza es confesar que esta lucha permanente, diaria, comprometia

gravemente la paz de los espíritus y la unidad maravillosísima de la Iglesia. Porque si en esta lucha predominaba el espíritu de los judíos, era muy fácil que el mundo pagano se hubiera quedado fuera del nuevo templo, alejado del calor de la nueva revelación, y la obra de Cristo hubiera sido inútil. Pero si predominaba la tendencia opuesta, la tendencia pagana, amenazaba al mundo un mal no ménos grave y lastimoso; el Evangelio se hubiera aislado de la Biblia, y se hubiera perdido toda la vida anterior, toda la historia precedente, todas las ideas de los profetas y de los sacerdotes antiguos, cuando en la historia, por la inmanencia de las ideas, la vida no debe perderse ni evaporarse nunca, sino caer como una catarata sin fin, de generación en generación, de siglo en siglo, de gente en gente, para que el trabajo de la humanidad nunca sea perdido. Por eso era necesario, indispensable, buscar una síntesis entre estas antítesis, un armisticio en esta lucha, una ley superior, que resolviese y armonizase todas estas grandes y trascendentales contradicciones.

Ninguno de los partidos podía por sí y ante sí resolver la contradicción. Cualquiera de las opiniones impuestas hubiera sido una herida abierta en el seno de la Iglesia, que no debía chorrear sangre, cuando Dios la destinaba á ser el único regazo de la humanidad atribulada y herida. Por

fin, el espíritu de Dios inunda con su luz aquellos corazones, la Iglesia universal se levanta sobre las guerras de las comuniones en lucha, las puertas del Concilio se abren, los Apóstoles discuten sus diferentes ideas, Pablo es pregonado de común acuerdo Apóstol de los gentiles, misionero del Eterno, la circuncisión es abrogada para los paganos, el bautismo queda como el único signo de la reconciliación del hombre con Dios, los antes desavenidos se abrazan, la conciencia general de los fieles pronuncia su primer palabra de paz, y aquellos hombres extraordinarios, tocados en el corazón por el amor divino, que obra milagros y hace maravillas, se dispersan por el mundo para derramar la salud y la verdad, y encontrar en cambio el dolor y el martirio.

El espíritu de reconciliación entre los dos partidos está admirablemente representado en uno de los monumentos más grandes del primer siglo, las Actas de los Apóstoles. En este libro se vé que la lucha entre los judíos-cristianos y los paganos-cristianos vá á tener un término. Los dos grandes actores del libro, los dos principales personajes son San Pedro y San Pablo; el primero como jefe de la Iglesia, el segundo como Apóstol de los gentiles. Se vé en todo el libro que su autor ha querido arrancar dos banderas distintas á dos partidos batalladores, para unirlos en la enseña común del Evangelio. San Pedro y San Pablo, que el espíri-

tu de secta habia presentado como enemigos, se ofrecen aquí en este libro maravilloso, como dos hermanos que sienten lo mismo, que acarician una misma idea. Es verdad que San Pedro ofrece alguna resistencia á abrazar á los paganos, mas por inspiracion de Dios admite en el seno de la Iglesia al centurion Cornelio. Es verdad que Pablo quiere abolir la circuncision, mas llevado del mismo espíritu, ordena que se circuncide Timoteo. Es cierto que San Pedro ha recibido el expreso mandato de Dios para evangelizar á los judíos, pero tambien es cierto que San Pablo ha recibido a inspiracion divina para evangelizar á los paganos. La vocacion de San Pedro está clara y no necesita el libro insistir en este punto, en que Jesús manifestó su voluntad; pero la vocacion de San Pablo está aun explicada con más insistencia, con más amplitud, con más minuciosidad á los ojos de los primitivos cristianos. San Pablo como San Pedro tiene el don de los milagros, cura á los enfermos, vuelve la luz á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, la salud á las almas oscurecidas por el error. La lucha entre los primitivos cristianos se representa más bien que como una consecuencia natural de las ideas, como una discordia levantada por la mano de los fariseos. San Pedro y San Pablo tienen las mismas ideas sobre la fé, sobre la ley, sobre la gracia. Por fin, Pedro y Pablo y todos los Apóstoles reciben por mandato di-

vino en su alma el espíritu de Dios, y el espíritu de Dios les sostiene, y el espíritu de Dios les dá fuerzas para el combate, y el espíritu de Dios reparte la verdad por igual entre todos, y una eterna paz vá á sonreír como iris celeste sobre la frente de la Iglesia, que guarda el pensamiento de Dios.

Este gran cuadro del siglo apostólico lo completa la figura mística, divina, de San Juan, el San Pablo de los evangelistas. Amigo predilecto de Jesús, su discípulo más íntimo, su compañero inseparable; el que recogió todos los secretos de su corazón y vivió al calor de su vida; el que en el desierto, en el torrente Cedron, en el monte de las Olivas oyó sus discursos, vió sus milagros, presenció sus angustias; el que muchas veces velaba en el fondo de las grutas su sueño; el que recogía los frutos para satisfacer su hambre, el agua en el hueco de su mano para apagar su sed; el que sostenía la cabeza del Salvador cuando los dolores de su predicacion y de su apostolado le asaltaban y le oprimian; el que le seguía por el camino del Calvario derramando amargas lágrimas y al pié de la cruz cuando todos le abandonaban recogía su último suspiro, su postrer aliento, y sentía despedazarse su corazón como se despedazaban las piedras y los montes; el Apóstol querido de Jesús, conservando en su pecho aquel amor intensísimo, aquella amistad tan pura, aquel recuerdo de la

gloria que habia circundado la frente del Salvador, sólo, en el mar risueño de la Grecia, abandonado á sus recuerdos y á sus grandes pensamientos, despues de haber recogido el espíritu de Platon, profeta pagano del Cristianismo, escribe su Evangelio, que viene á ser como la hermosa luz que ilumina con místicos resplandores todo el gran cuadro de los progresos del Cristianismo en el siglo primero de la Iglesia.

El Evangelio de San Juan se diferencia de todos los demás Evangelios. Estos son morales, destinados á enseñar la vida práctica de Jesús; el Evangelio de San Juan es dogmático, destinado á mostrar la vida de Jesús en la eternidad. La idea que siempre tienen fija en la mente los tres primeros evangelistas es la idea de la humanidad de Cristo; la idea que tiene fija siempre San Juan es la idea de la divinidad. San Mateo empieza su Evangelio dándonos la genealogía humana de Jesús; San Lucas, describiendo la encarnacion del hijo de Dios y su nacimiento; San Marcos pinta el bautismo; pero San Juan se eleva en alas de su genio á las alturas y vé al Verbo antes que se desplegaran los cielos y lloviera el espíritu creador sobre los cielos las estrellas, y nos ofrece á Jesús en la eternidad. Este es el carácter especial del gran Apóstol. Los tres evangelistas precedentes tienen un espíritu práctico, moral, y el último evangelista tiene un gran carácter místico y teo-

lógico. Él presenta el Cristianismo como la religion absoluta, coadyuvando de una manera maravillosa á la obra de San Pablo. Sus grandes pensamientos son hijos de su corazon y están enrojecidos en el fuego del amor divino. Parece como que su retina conserva la purísima imágen del Salvador, como que su alma lleva grabada en su fondo todos sus amorosos suspiros, todas sus dulces palabras; y que aquellos suspiros y aquellas palabras bastante fecundas para animar un mundo entero, son el alma de su alma, el espíritu de su palabra, la esencia de su idea. El amor llena hasta los abismos más profundos de su alma, el sentimiento es su criterio, el misticismo más puro, más entusiasta, toda su doctrina. El Verbo, sí, el Verbo es toda su idea; el Verbo en la eternidad; el Verbo en el tiempo; el Verbo existiendo como la encarnacion de Dios sobre la tierra. Tal es la primera y la última idea de su Evangelio, la trama de toda su vida espiritual.

La primer idea de San Juan es la idea de Dios, centro de la vida y de la ciencia. Dios en su totalidad, en su esencia, en su naturaleza incondicional y absoluta, no puede ser comprendido ni explicado, segun San Juan, por el humano entendimiento; pero Dios puede ser comprendido y explicado por sus maravillosos atributos, y de aquí la necesidad de que Dios se revele á la inteligencia, no en todo su esplendor y grandeza, sino por

medio de la encarnacion de su Verbo. Dios es, según San Juan, espíritu impalpable para nuestras manos, invisible á nuestros pobres ojos; Dios es luz, y sus resplandores son como un ligero y tenue reflejo de esos mundos que brillan en los infinitos espacios; Dios es amor, y con su amor sostiene la naturaleza y une los corazones y las inteligencias de los hombres; Dios es vida, y esa vida se irradia sobre toda la creacion y la alimenta, pues sin Dios, ni el espíritu seria, ni la luz del sol teñiría los desiertos cielos, ni los séres se enlazarian unos con otros, ni el mundo podria vivir; y la naturaleza y la humanidad serian sombras que se dibujan un instante en la boca de los abismos.

Pero el Dios-esencia, el Dios-espíritu, luz, amor, vida, para revelarse á los mortales; debia encerrar su esencia en una persona, en un hombre, en su Hijo. De aquí la nocion del Verbo, esa nocion que la escuela platónica habia adivinado, que la escuela Alejandrina habia presentido, y que San Juan explica con maravillosa elocuencia, uniendo el espíritu cristiano con todo lo que la filosofia habia sentido de grande y habia pensado de verdadero. El Verbo (logos en el lenguaje de San Juan), es el hijo único que Dios engendró antes del principio de las cosas, distinto del Eterno como persona, idéntico al Eterno como sustancia; palabra creadora, que al caer sobre el caos le dió vida, órden y armonía; revelacion sublime, que

al herir la conciencia humana, le mostró el verdadero Dios, y que como Dios tiene en sí una luz, sin la cual serian polvo y nada todos los séres, todo el universo.

El Verbo ha sido como una segunda revelacion de Dios, ó mejor dicho, como la última revelacion de Dios. La primera revelacion divina es la naturaleza. El cielo azul, sereno; los astros luminosos que lo pueblan; el sol, que llena todas las esferas con su lluvia de luz; los planetas, que giran en concertadas armonías como otros tantos soles; el polvo de mundos que forma esa vía láctea, perdida como un vapor indeciso en los últimos confines del universo; la casta luna que inunda la llamada noche con sus rayos melancólicos y suaves; la tierra que se levanta en los espacios coronada de bosques, envuelta en el azulado manto de sus mares; todos los séres que se desprenden del eterno manantial de la vida y que pueblan el universo revelan, ó con su luz, ó con su respiracion, ó con sus amores, ó con su movimiento, el Eterno artista que los ha modelado, que les ha infundido su soplo, que ha concertado sus esferas, que los ha unido en una misma atmósfera; Dios, á cuyos piés han de depositar la parte de vida que les ha tocado, porque Dios es la primera y la última palabra del universo, y sin él, nada seria, y por él todas las cosas se mueven, como que todas le deben su sér y revelan su existencia. Pero esto era la reve-

lacion mediante el universo, y el espíritu humano necesitaba la revelacion inmediata del mismo Dios, que penetrara hasta el fondo de su conciencia, que hablase con voz divina al espíritu; y para este fin supremo el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nos trajo la eterna palabra, la eterna idea, la revelacion espiritual de Dios, la luz de nuestra alma y de nuestra vida. Dios se revela en el Verbo como amor. Sí, el amor inmenso que posee por el hombre su hechura, por el hombre su hijo predilecto, le ha obligado á desasirse de los brazos de la eternidad, y envolverse en nuestra forma, y sujetarse á nuestros dolores, y pasar esta angustia sin fin, y vivir esta vida tristísima y morir esta muerte congojosa. Pero la muerte es la gran exaltacion de Cristo. Cuando rodeado del pueblo que le escarnece, de los soldados que le hieren, de los escribas y fariseos que le insultan, abandonado de sus discípulos que le niegan y le desconocen, teñido el rostro con la palidez de la muerte, nublados los ojos con un velo de sangre, caída la cabeza sobre el pecho, lívidos los labios, fatigoso el aliento, frios ya todos sus miembros, Jesús siente sobre la cruz el último estertor de la agonía mezclado con la hiel y vinagre que humedecen sus labios, lejos de humillarse en el suplicio y en el dolor, se exalta, se glorifica como en su trono de nubes, vence y encadena la muerte, y desde aquel momento, la cruz, el signo del crimen y de la

deshonra, va á ser el lábaro eterno de la victoria de la humanidad; pues Dios, que tan grande se manifiesta al inclinarse sobre el mundo recién creado para con su omnipotencia dar la vida al hombre, se manifiesta aun más grande cuando se reclina en la tierra por su amor sobre la cruz para recibir de manos del hombre la muerte. Estas dos ideas, la idea de la unidad de la naturaleza divina del Verbo, y la idea no ménos grande, no ménos trascendental de la exaltacion de Dios en la cruz que san Juan presenta con tan admirable sencillez y con un gran rigor lógico y científico, son dos ideas en que la doctrina de San Juan como la doctrina de San Pablo, rompen el círculo de hierro en que los judíos habian querido encerrar la verdad cristiana, círculo de hierro que la hubiera ahogado en el mismo día de su nacimiento.

Frente á frente de Dios se levanta, segun San Juan, el mundo. Dios lo habia creado, y el mundo se volvió contra su Creador. Dios lo habia coronado de flores, y el mundo coronó á Dios de espinas. Dios le habia dado la luz del sol para que iluminara sus dias, el pálido reflejo de la luna para que encantara sus noches, y el mundo dió á su Dios las frias tinieblas de un sepulcro. Dios lo habia suspendido en los infinitos espacios con el mismo cuidado que la madre suspende la cuna de sus pequeñuelos, y el mundo suspendió á Dios de un patíbulo. Dios le mandaba su aliento, le re-

frescaba con las claras dulces aguas, y el mundo mandó á Dios su maldicion, y aumentó su sed con hiel y vinagre. Dios hizo caminar al mundo entre los coros de las estrellas inundado de alegría, y el mundo hizo caminar á Dios por las piedras del Calvario y entre las serpientes del desierto. Dios, en una palabra, habia dado vida al mundo, y el mundo dió á su Dios la muerte. Porque este mundo no es aquel mundo primitivo, inocente, que salió de las manos del Creador en los primeros dias de la creacion, sin una sombra, sin una mancha; aquel mundo en que todos los árboles ostentaban flores y frutos, y todas las aves cantaban con mágico acento, y todas las alimañas eran mansas y humildes como palomas, como corderos, y todos los mares mostraban su fondo trasparente como lagos, y todas las estaciones sonreian plácidas como la primavera, y todos los vientos volaban como las suaves brisas y las áuras, y todas las flores destilaban miel como la celeste campanilla, y todos los insectos vestian ligeras alas, hermosísimos colores como la mariposa, y la vida corria tan pura como la inocencia del niño, y el hombre era tan hermoso, tan bueno como los ángeles, con la intuicion de Dios en la mente y el amor al bien en el fondo de su corazon, vaso lleno de todas las bendiciones divinas y perfumado con todos los aromas de la entonces inmaculada naturaleza. Este mundo pre-

sente es un mundo oscurecido, es el mundo, segun San Juan, dominado por Satanás, es un sepulcro cubierto de tinieblas, que en su seno encierra viles gusanos y que anidan las aves nocturnas entre sus sombras, es un mundo maldito. ¿Y quién ha extendido esa sombra? El pecado. ¿Y de quién es hijo el pecado? De la flaqueza del hombre y la tentacion de Satanás, dice San Juan. Pero el mundo, la obra predilecta del Creador, no puede ser siempre esta mansion de tinieblas; es preciso restaurarlo, devolverle su pristina pureza. Para este fin, Dios nos ha enviado su Verbo, su eterna palabra, su revelacion. El rito antiguo ha desaparecido desde este instante, el sacrificio material se ha disipado como una nube de humo, el pueblo escogido ha dejado de poseer la dignidad privativa del sacerdocio; el Verbo no es judío, ni griego ni romano; ha venido del cielo á redimir todo el mundo. San Juan aquí completa la obra maravillosa de San Pablo. Los cristianos perdidos en la sinagoga, los cristianos abrazados al antiguo altar, tendrán que abandonarlo, porque el fuego de ese altar no calienta ya al espíritu humano, que necesita la vida encerrada en la nueva idea que representan los grandes discípulos de Cristo. El Verbo, que trae consigo el amor y la luz del cielo, restaurará el universo, redimirá al hombre, y dándole las fuerzas que le falten lo llevará á la verdad, al conocimiento de su doc-

trina, testificada por sus milagros, por sus profecías, para que despues de aprender en el Verbo, norma de nuestras acciones, su ciencia el entendimiento, su ejemplo la vida, seamos salvos por su muerte, que fué la manifestacion más clara y más evidente del sublime milagro de su amor. Por eso el Evangelio es la reconciliacion del cielo con el mundo y de Dios con el hombre.

Como se vé bien claramente, toda la doctrina de San Juan está impregnada de un misticismo purísimo y entusiasta. Para él la vida, la luz, la verdad del mundo son como si no fueran; y solo vé en Dios la realidad de todas las ideas, la fuente de toda la vida. El mundo es á sus ojos como una nube de incienso, que debe perderse en la mansion del Eterno. Todas las cosas pasarán: el sol como un relámpago, las estrellas como flores de un dia, el cielo como el suspiro del áura, el mar como una lágrima que se evapora, la tierra como el vuelo de un ave, y Dios quedará inmóvil, recogiendo en su seno inmortal la vida que al morir despidan todas las cosas, uniendo nuevos rayos de luz á las aureolas de sus ángeles con el destello que al apagarse en los espacios produzcan los mundos, porque solo Dios es la eterna verdad, la eterna luz y la eterna vida.

La idea que más claramente indica el estado del ánimo de San Juan, es la idea de la fé en Dios. La fé para San Juan, como para el Apóstol de los

gentiles, no se reduce á la creencia; la fé abraza también la voluntad. Para creer en Jesús, es necesario asentir á su doctrina é imitar su ejemplo, como decia San Pablo. Además, es necesario, segun el comun pensar de los dos Apóstoles, tener el corazon lleno de amor hácia Dios y hácia nuestros hermanos, sentir esa pasion que nos lleve á vivir en Dios, como Dios vino á morir entre los hombres; para que así sea para Dios nuestra vida un testimonio del amor del hombre, como fué su muerte para el hombre un testimonio del amor de Dios. Al hablar del amor divino, el discípulo querido de Jesús se exalta, se engrandece de tal suerte, toma una elocuencia tan maravillosa, que se conoce muy claramente que aún guarda en su alma la imágen de Jesús y en su corazon los suspiros de su pecho.

Dios, en premio de esta fé tan grande, de este amor, nunca puede abandonarnos. Es verdad que nuestra mente delante del sér absoluto se desvanece como la fosfórica luz de la trémula luciérnaga delante de los resplandores del dia; pero la idea abstracta y pura de Dios se hizo concreta y humana en el Verbo, para que nosotros la oyéramos con nuestros mismos oidos, la viéramos con nuestros mismos ojos, la amáramos con nuestros mismos corazones, y siguiéramos sus huellas impresas en el polvo de la tierra con nuestra pobre vacilante planta. Es verdad que el Hijo de Dios

nos abandonó en la tierra; porque si bien pobló de sus palabras el aire, y purificó con sus lágrimas los arroyos, y regó con su sangre las piedras, y tiñó con su mirada los cielos, y llegó á tocar con el reclamo de su amor los corazones, tambien es cierto que murió en la cruz, y se durmió en su sepulcro, y despertó para volver resplandeciente de gloria al lado de su Padre. ¿Y es posible que despues de aquella pasion tan cruenta, de aquellos padecimientos tan intensos, de aquella muerte tan gloriosa, aún estemos huérfanos y vivamos sin Jesús, que tanto nos ha amado? San Juan no deja en este desconsuelo el corazon del hombre, no; le enseña, que así como el Padre se revela en toda la primera fase de la eterna religion, en la Biblia, y el Hijo en toda la segunda fase de la eterna religion, en el Evangelio, el espíritu procedente del Padre y del Hijo se revelará en toda la historia, en toda la vida, siendo como el lazo de amor que une la tierra con el cielo, como la eterna presencia de Jesús en la naturaleza y en el espíritu, como la mística paloma que trae en su pico el pan de la vida para sostener al hombre. El Padre es el sér absoluto, es la esencia divina, es el eterno vivificador de la naturaleza y del espíritu, es la vida; el Hijo es la idea concreta, es la encarnacion de la divinidad en el hombre, es el amor; el espíritu es la ciencia, es la eterna inspiracion de Dios en la humanidad, es la luz; y

así Dios llena toda el alma de la humanidad. ¿Y el corazon del hombre podrá faltar á Dios, que le trajo la luz, el amor y la vida? El hombre, que conoce á Dios, lleva en sí su espíritu, y no puede faltar á su amor. Cuando el hombre falta, cuando peca, es porque no reconoce ni recuerda la idea de Dios, y el sentimiento que tiene de su poder y de su grandeza. El cristiano, que recuerda el sacrificio de Dios por su alma, no mancha el alma santificada por las bendiciones y el rocío del cielo. El cristiano vuelve á Dios todo el amor que Dios le ha inspirado. Y al mismo tiempo que vuelve á Dios ese amor, lo irradia en rayos de suave luz sobre sus hermanos en Cristo, sobre los individuos de una misma comunión, sobre los hijos de una misma Iglesia. Y este amor bañado en la luz divina, es como la esencia, como el aroma purísimo de ese otro amor, que los hombres deben sentir entre sí para extender su alma por el mundo y dilatar su vida hasta el cielo. Porque si el hombre se ama solo á sí mismo, su alma se torna estéril, y si ama á Dios y en Dios á los demás hombres, su alma es como una armonía viva, como una imágen del cielo. Solo en Dios el hombre alcanzará la vida.

La vida en Cristo no es la vida que se pierde como una hoja seca, no es la vida que pasa como un suspiro, no es la vida que se desvanece como una sombra, no es la vida que se evapora como

una lágrima, no es la vida que se disipa como un aroma, no es la vida manchada por el insecto roedor, herida por llagas cancerosas, vida imperfectísima que tiene siempre sobre sí pendiente como una eterna amenaza la guadaña de la muerte, no; no es esa vida llena de angustias y dolores que se hiere con el placer como con la desgracia; que está inquieta en el reposo é inerte en el movimiento; que toma todas sus ideas por sombras sin color, y sigue con ánsia una sombra; vida de un día, que es como una perpétua congoja; no: la vida en Dios, la vida que guarda bajo sus narcaradas alas el ángel de nuestra esperanza, es serena, tranquila, libre de imperfecciones y de continuos cambios, perenne, y corre delante de Dios en majestuoso curso entre un cáuce de flores que han hecho brotar sus virtudes, reflejando en la corriente de la actividad infinita de su pensamiento y de su amor toda la hermosura y toda la claridad de los cielos, como que es la vida, que ascendiendo en impalpables vaporosas gasas desde el barro de este bajo mundo á las alturas, se ha condensado nuevamente al beso de Dios en la eternidad, cual una transformacion maravillosa de nuestra naturaleza en otra naturaleza más grande y más sublime, en que la inteligencia tiene la intuicion de lo infinito y el corazon se pierde en el divino amor. Esta vida es la promesa de Jesús, es el premio de la redencion, es la esperan-

za del corazon, es el eterno ideal que se oculta entre los resplandores del cielo, es la estrella que el Apóstol querido señala á sus discípulos como el eterno objeto de sus deseos y de sus pensamientos, es el resúmen de toda su doctrina, de todo su maravilloso Evangelio.

San Juan representa las dos fases de la idea cristiana en este primer siglo. Por el Apocalipsis pertenece á la primera época, por el Evangelio á la segunda. En el Apocalipsis se ve por sus ideas, por sus imágenes, por sus cuadros, que el sentido de los cristianos sometidos á la sinagoga domina aun su corazon y su inteligencia; en el Evangelio se ve por sus ideas, por sus imágenes y por sus cuadros, que ha respirado el balsámico soplo de la Grecia. En el Apocalipsis nos presenta el leon de Judá irritado, los muertos levantándose de su sepulcro al eco de la trompeta del ángel, los mártires agitando sus palmas y pidiendo al Señor un castigo para sus verdugos; y en el Evangelio nos ofrece el Dios de amor, la nueva vida en el cielo, la fuerza del Verbo para salvar al mundo, las eternas esperanzas, que se guardan tras los coros de los mundos. En el Apocalipsis, todos los recuerdos son de la Biblia, todas las ideas están impregnadas del espíritu judío, que es la primer manifestacion del Cristianismo; en el Evangelio, todos los recuerdos son puramente cristianos, todas las imágenes caen de un corazon encendido